

alguna impaciencia presumiendo encontrarla sin vestir. Al verla, se detuvo sorprendido por su hermosura.

Llevaba un traje blanco guarnecido de perlas. Ninguna alhaja en el cuello. En los cabellos ligeramente rizados, una pequeña garzota que le daba un aspecto altivo. Se adelantó hacia su marido y cogiéndole la mano, le llevó á la habitación inmediata donde dormía el niño. Apartó la colgadura y se lo enseñó. Luis se inclinó sobre la criatura, la miró en silencio y la besó. El corazón de Elena no cabía en su pecho. Iba á gritar: «Por su amor quédate conmigo.» Pero Luis se incorporó con mucha calma, arreglándose el lazo de la corbata.

La heroica madre comprendió que su última tentativa era inútil, y bajando la colgadura con respeto religioso, como si cerrara un templo á miradas sacrílegas, dijo:

—Vamos.

X

Diana, radiante de orgullo, había tenido entre las suyas la mano de la que la ultrajó, y había mostrado á Lereboulley estupefacto el espectáculo inesperado de la señora de Hérault, atravesando sus salones del brazo de Sir James; y ligera como una mariposa, con su traje de gasa azul, iba de grupo en grupo recogiendo cumplidos y sonrisas. Todas las hermosas mundanas y los brillantes calaveras que había en París se habían reunido en sus salones, y era verdaderamente un cuadro encantador el de tantas mujeres elegantes y tantos apuestos caballeros bailando con grande animación y alegría. Los abanicos, como alas de mariposas, palpitaban sobre los blancos senos; los diamantes brillaban y las faldas giraban con ligeras ondulaciones, como arrastradas en un vuelo armonioso, al compás de las melodías de la orquesta.

Gordo, orondo, florido, Lereboulley rebosaba en medio de aquella concurrencia regocijada. Parecía que él daba la fiesta, paseaba siguiendo á Diana, gozando de los plácemes, comprometiendo á fuer-

za de satisfacción, y olvidando á Sir James, que en una mesa de juego ponía á prueba la suerte de sus convidados. El senador estaba entonces seguro de que la pretendida intriga entre Luis y Diana no existía. Allí estaba la señora de Hérault tranquila y sonriente, al lado de Emilia, en un grupo de jóvenes, luego tenía la prueba de que sus sospechas eran infundadas. Podía, pues, respirar libremente y su felicidad no estaba amenazada. Por la primera vez en quince días habló familiarmente con Luis, le miró con benevolencia y bromeó con él.

Amigo mío—le dijo—, todas las mujeres hermosas de París están aquí esta noche. Si se quemara la casa y no lograran salir, mañana no sabrían los buenos mozos qué hacer de su corazón.

Rió él mismo su chiste, y viendo á Diana se adelantó á su encuentro. Ella le llevó á un rincón y le dijo con aire de inocencia triunfante:

—Ya ve usted que ha venido y no parece disgustada.

—Sí, sí, estoy satisfecho... Yo quiero mucho á la familia de Hérault, pero quiero más á mi hermosa Diana, que está encantadora esta noche. No veo más que la mujer de Luis capaz de sostener la competencia. En caso de una derrota sólo ella podría consolarme.

Un relámpago de horrible maldad cruzó por los ojos de la señora de Olifaunt, que dijo:

—Pues perdería usted el tiempo, porque esa plaza pertenece á Thauziat.

—¿A Thauziat?—dijo Lereboulley con asombro—¿está usted loca, Diana! La señora de Hérault

es la más honrada de las mujeres, y no ama más que á su marido.

—¿Y qué soy yo entonces que le sacrifico á usted el mío?—interrumpió con acritud Diana—. Muy poca cosa, ¿no es verdad?

—Usted es la perfección misma. Pero la señora de Hérault...

—Ya me cansa la tal señora. Una antigua obrera á quien cayó una fortuna llovida del cielo, y á la que todos tratan como á una duquesa. ¿Qué tiene esa mujer? Thauziat está loca por ella y usted mismo se va contagiando. Vaya usted á hablar con ella y le contará cómo mama su chiquillo y las emociones del primer diente. Porque no sólo es la más honrada, sino la mejor de las madres... ¡Buen negocio hace con eso su marido!

Al decir esto se echó á reír.

—Vamos, Diana, perdón.

—¡No!—Vaya usted con la más honrada de las mujeres. Yo no soy más que una mujer bonita. No tengo las virtudes que á usted le hacen falt:

Le volvió la espalda y paso al salón de juego. El senador la siguió con la vista y la vió que se acercaba á Luis. Le cogió el brazo, le habló al oído muy confidencialmente y salieron los dos. Lereboulley se sentó á una mesa de ecarté. Generalmente jugaba bien, pero aquella noche no hacía más que torpezas. Su pensamiento estaba en otra parte. ¿Por qué había cogido Diana el brazo de Luis, y que le había dicho? ¿A donde había ido? ¿Qué harían? Todas estas preguntas acudían á su imaginación sin encontrar respuesta satisfactoria.

Primero, le había inquietado la actitud repentina de Diana, y aquella intimidad con Luis acabó de alarmarle. Por su frente corrían gruesas gotas de sudor, y se preguntaba si habría sido burlado por Diana, que acaso en aquel momento se reía de él, acompañada de Luis Hérault.

Dejó las cartas, pagó lo que había perdido y se dirigió apresuradamente hacia la puerta por donde había visto salir aquella pareja que le parecía tan sospechosa. En el saloncito, lleno de bailarines, no vió ni á Luis ni á Diana. La señora de Hérault, un poco pálida, hablaba con Emilia. Las dos jóvenes, sentadas en un diván entre la chimenea y la puerta, se encontraban en cierto modo aisladas en una intimidad en que nadie podía molestarlas. Lereboulley las hizo un saludo amistoso y pasó. En la galería tampoco encontró á los que buscaba. La escalera por donde se subía al segundo piso estaba espléndidamente iluminada, y el buffet se había colocado en la ancha meseta con columnas de mármol. El sonido de la orquesta, debilitado por la distancia, llegaba allí como un murmullo. Las parejas subían y bajaban hablando alegremente, y el chocar de la plata y la porcelana probaba que los convidados de sir James hacían honor á su hospitalidad.

El senador subió los doce escalones y se encontró en la galería donde estaba la habitación de Diana. El buffet atraía mucha gente, pero la galería estaba desierta. Por la puerta entreabierta del tocador, se vislumbraba una claridad discreta, Lereboulley sintió un golpe en el corazón. Tuvo la

sospecha de que Luis y Diana estaban detrás de aquella puerta. Le impulsaba un deseo ardiente de conocer su suerte, y, sin embargo, no se atrevía. Se sentó en una banqueta con el rostro demudado, preguntándose: ¿iré ó no iré?

Efectivamente, Luis y Diana habían seguido el mismo camino que Lereboulley. Habían atravesado el saloncito sin ver á Elena y Emilia ocultas en un rincón solitario. Llegaron al buffet, y por la desierta galería entraron en el tocador de Diana, apenas alumbrado por una sola lámpara. Se habían detenido en la semi-obscuridad de la habitación, aspirando el ambiente fresco de aquel lugar retirado y gozando la tranquilidad que allí reinaba y la sombra que proporcionaba descanso á los ojos. Allí apenas un rumor lejano recordaba que en la casa había fiesta, y esto daba más encanto á aquella calma momentánea. La señora de Olifaunt, en pie delante de la chimenea, iluminada vagamente por la débil claridad de la lámpara, tenía la gracia de una aparición. Luis la devoraba con los ojos y se acercó á ella.

—Ya ves, Diana, que te he obedecido —la dijo—; me habías impuesto el mayor sacrificio que podía hacerte. ¿Cómo me recompensarás?

—¿Necesitas recompensa por haber dado una prueba de amor á la mujer que lo arriesga todo por ti? Te amo, ¿es esto bastante?

—Repítelo.

—¿Lo dudas?

—No. ¡Pero soy tan feliz oyéndolo decir! En tus labios esa palabra tiene una dulzura que yo no co-

nocia. ¡Ay, Diana! ¿Qué encanto es el tuyo que lo hace olvidar todo? Cada vez que he querido alejarme he sido arrastrado á ti por una fuerza que triunfaba de mi voluntad. Dices que arriesgas mucho por mí; ¿qué no arriesgo yo por tí? La dicha de los que me rodean, la tranquilidad. Si tú eres culpable, yo lo soy cien veces más. Ámame, porque tu amor es ahora mi única alegría.

Había pronunciado estas palabras con un ardor casi convulsivo. Diana se acercó á él, y echándole los brazos al cuello le dijo tierna y acariciadora:

—Te amo y no amo más que á ti.

En aquel momento resonó una exclamación ahogada. Se volvieron, y en la puerta del tocador que daba al dormitorio, vieron á Lereboulley. Pálido, con las piernas temblorosas y los labios cárdenos, los miraba con el estupor de la desesperación. Había llegado para oír las últimas palabras de Diana y verla abrazar á Luis. Quedó inmóvil como herido de un rayo, y sin poder expresar su pensamiento, que debía ser terrible, apretaba los puños como si se dispusiera á la lucha. Por fin lanzó un grito de rabia, y acercándose á Diana vociferó:

—¡Miserable! ¡Miserable!

La inglesa le miró con una sonrisa irónica, y sin retroceder un paso dijo imperiosamente, indicando la puerta á Lereboulley:

—No me gusta que se grite en mi casa. Además, ¿con qué derecho se permite usted entrar aquí y amenazarme? ¿Es usted mi marido?

A estas palabras, que definían con tanta claridad los papeles respectivos, respondió el senador

con una sombría mirada. Comprendió que su situación era falsa, que su autoridad sobre Diana procedía de ella misma y que se la podía quitar con una palabra. En un segundo midió la extensión de la pérdida que podía experimentar. Juzgó imposible su existencia sin la mujer que la llenaba de alegría y de orgullo y se preguntó si no era preferible cometer la cobardía de excusarse y aceptarlo todo. Sin embargo, tuvo una idea de resistencia, pensó que era bastante rico para que ella no vacilase entre Luis y él, se sintió dominado por la rabia y exclamó deponiendo toda prudencia:

—Si no soy tu marido, soy tu amante.

Diana apenas le dejó acabar, y apoyándose con gracia voluptuosa en el hombro de Luis, contestó:

—Mi amante es éste.

—Diana—exclamó el enamorado Lereboulley reponiéndose y sintiéndose vencido—. Diana, todavía es tiempo... Reflexione usted. Yo no he oído nada, no quiero saber nada, lo he olvidado todo. Pero no me trate usted con esa crueldad. Está usted incomodada... Tiene usted razón, me ha arrebatado la cólera... He cegado... ¡Usted sabe cuánto la amo... Diana!

La vió impasible mirándole fijamente con sus ojos azules claros y duros como el acero y experimentó un movimiento de indignación.

—¡Oh!—exclamó—. Haberme dejado humillar inútilmente delante de ese joven, á mi, á un viejo, después de las bondades que he tenido con usted. Porque nadie la amará á usted como yo la he amado. Todos sus caprichos los he sufrido con gusto,

todos sus deseos los he satisfecho. No ha tenido usted que hacer más que hablar y me he apresurado á complacerla. Usted es rica, tiene las mejores alhajas, un tren de princesa... y yo estoy pronto á doblar, á centuplicar mis podigalidades. Si usted me hubiera sido fiel, á mi muerte la hubiese dejado una parte de mi fortuna, porque yo la quería como á una hija... Y soy viejo, no hubiera usted tenido que esperar mucho tiempo. Diana, piénselo usted... Esto vale la pena de pensarlo... Si salgo por esa puerta todo habrá concluido y no volveré más.

Diana se echó á reir, y mirándole de cierta manera, que estremeció á Lereboulley, contestó:

—Usted volverá cuando yo quiera. No tendré que hacer más que silbar.

Ante esta insolente bravata, el senador se inclinó como para arrodillarse.

—Sí, es verdad—dijo...—Volveré... lo comprendo, pero ahórreme usted el dolor de salir.

Se adelantó hacia ella, la cogió por la mano y llevándola al hueco de la ventana la dijo devorándola con los ojos:

—¿Qué he de hacer para que consientas en seguir conmigo? Sufrirlo todo, la vergüenza de no ser aquí el amo, el tormento de verme burlado. Pues bien... consiento... Al menos te tendré todavía. Cerraré los ojos ante tus extravíos y tú sabrás proporcionarme la ilusión de la felicidad.

Diana replicó duramente:

—No.

—¿Pero le amas?

Ella contestó bajando la voz y dirigiendo una mirada furtiva á Luis.

—Creo que sí: tanto odio á su mujer.

—El no podrá hacer por tí lo que yo hacía: estará arruinado antes de un año.

—Mejor: ella quedará en la miseria.

Lereboulley se sonrió brutalmente.

—Si es eso lo que deseas pronto está hecho. Pero ¿por qué despedirme?—preguntó suplicante.—¿Por qué, Diana?

—Mi casa estará siempre abierta para usted como para todos mis amigos. Puede usted venir cuando quiera.

—Así nunca. Sufriría demasiado. Oiga usted, Diana, no me lleve usted al extremo. Yo soy capaz de todo, hasta de lo infame por no perderla... Tema usted que se lo diga á su marido.

—Hágalo usted.

—Matará á Luis.

—A usted por calumniador.

Diana se apartó del banquero, diciendo:

—Váyase usted, su insistencia me fatiga. Ha decaído usted mucho... Hace un año no hubiera usted dicho tantas tonterías.

De los ajos de Lereboulley corrieron lágrimas de rabia y de humillación que se secaron con el fuego de sus mejillas. Hizo un violento esfuerzo y dijo con voz ahogada:

—¡Adiós, Diana!

Se detuvo delante de Luis, que había presenciado esta escena conmovido, diciéndole amenazador:

—Usted lo pagará.

Y salió.

Diana se acercó á Luis y cogiéndole la mano que estrechó entre la suya, como si cerrara con él un pacto, exclamó:

—Me has hablado de tus sacrificios, creo que los míos no son menores.

El quiso hablar, pero ella le cerró los labios con sus dedos blancos y delicados, añadiendo con deliciosa sonrisa.

—Ámame, es todo lo que te pido.

Se colgó de su brazo y saliendo á la galería, volvieron á la animación del baile.

Desde aquel día Luis vivió en una agitación intelectual y moral á que no estaba acostumbrado. Quiso reemplazar á Lereboulley y se mostró más pródigo que lo había sido el senador. Su vanidad quiso luchar con las exigencias de Diana y empenó un combate terrible, donde corrió el oro como la sangre en los campos de batalla. Pronto comprendió que su fortuna no duraría mucho tiempo. Los negocios eran la fuente de donde el senador sacaba sin cesar. ¿Por qué no había él de hacer lo mismo? Hasta entonces no le había detenido más que su indolencia. La necesidad de proporcionarse sumas importantes le hizo dominar su pereza y comenzó á trabajar formalmente por la primera vez de su vida. El vicio le dió valor y como no era tonto, alcanzó buen éxito en sus primeras operaciones.

Pero sus ganancias de Bolsa le parecieron muy precarias. La suerte podía volvérselo en contra y el buen resultado de la vispera ser anulado por el fracaso del día siguiente. Buscó una palanca más

sólida y la descubrió. El negocio del cable submarino estaba en visperas de ultimarse. Lereboulley había reunido una comandita enorme y el mundo financiero se preocupaba ya de esta importante operación. Europa entera se interesaba en el resultado porque el precio de los despachos se reduciría á la mitad á causa de la concurrencia y de este modo el comercio beneficiaría en gran parte las facilidades creadas por la nueva compañía. Inglaterra se mostraba muy hostil. El Gobierno había hecho intervenir oficialmente á su embajador en París. La sociedad inglesa del cable transatlántico parecía dispuesta á suscribir un gran número de acciones para tener influencia en la sociedad francesa. Pero Lereboulley se proponía reunir en sus manos y en las de sus amigos un número de participaciones de fundador que asegurase la preponderancia á los accionistas franceses. El nuevo valor iba á dar lugar á un agiotage importante, en cuanto la ley necesaria para el establecimiento del cable inter-occeánico, fuese votada por el Parlamento, lo cual por otra parte no ofrecía grandes dificultades, pues Lereboulley había anunciado que tomaría la palabra y sus amigos políticos contaban con mayoría en la Cámara y en el Senado. El negocio era muy claro, lucrativo y esencialmente patriótico.

Sobre esta operación, que conocía á fondo, se propuso Luis especular de suerte que ganara de una vez, para subvenir ampliamente á los gastos de Diana. En las reuniones preparatorias que se celebraban todas las semanas, encontraba á Lerebou-

ley, pero éste continuaba sombrío y evitaba con cuidado hablar con él. Se saludaban al llegar, pero no se hablaban. Un día Thauziat cogió á Luis aparte y le dijo:

—Lereboulley quiere que tú quedes fuera del negocio. Me ha dicho que le disgusta encontrarse contigo y me ha encargado que te ofrezca un arreglo. Renunciarás á la fabricación del cable en los talleres de San Dionisio y recibirás quinientos mil francos de indemnización por tus trabajos hasta el día. Como la construcción aún no ha comenzado y el negocio no está más que entablado... Tú verás lo que te conviene...

—Pronto está visto—rehusó—. ¿Se burla de mi Lereboulley? Yo tengo asegurados grandes beneficios. La fabricación del cable es mía por contrato y se me ha de pagar la mitad en dinero y la mitad en participaciones de fundador. Es una fortuna lo que tengo entre las manos. Mi padre había ya trabajado para esta especulación que está hace diez años en vías de realizarse. No he de renunciar por quinientos mil francos á todo lo que ha hecho la casa Héroult.

—¿Quieres más?

—No quiero sino mi participación.

—Haces mal. Te creará dificultades.

—¿Cómo?

—De todos modos. Buscará toda clase de pretextos para que no puedas cumplir á tiempo. Tendrás pleitos. Él es sagaz y te odia. ¿Por qué diablos le quitaste á Diana? Ya te lo dije.

—Porque es la mujer más bonita de París.

—La mujer más bonita de París, está en tu casa; es la tuya... En fin, ¿no aceptas un arreglo?

—No.

—Pues ten cuidado.

—Nada tengo que temer.

—Tanto mejor. En todo caso acuérdate de que he tratado de abrirte los ojos y no me acuses nunca de lo que pueda suceder.

—No estás poco trágico. Hombre, no hacemos la guerra, hacemos un negocio. No creo que resulte ningún muerto.

—¡Ojalá!

—Thauziat cambió de tono y se mostró tan alegre como antes había estado grave.

—¿Y qué haces de sir James?

Luis se echó á reír.

—Lo que está acostumbrado á ser.

—¿Juegas con él?

—No. Tiene demasiada suerte.

—Entonces, echará de menos á Lereboulley.

—Creo que Lereboulley le echará más de menos á él. En sus relaciones con la mujer el marido era lo que más le gustaba. Creo que ha estado mal hecho separar á esos dos seres nacidos para entenderse, á pesar de sus aparentes disensiones. Sería cosa de reconciliarlos. Yo prefería dejar á Diana que el cable.

—¿Hablas de veras?

—No... no por cierto.

—Tanto peor.

Los dos amigos se separaron. Cuando Luis hablaba de dejar á Diana, no se chanceaba. Si ella no

le hubiera cogido por el amor propio, que era la pasión que predominaba en él, seguramente hubiese encontrado muy pesado el yugo que le imponía. Variable é inconstante como una mujer, pronto se hubiera cansado de la vida por partida doble que se veía obligado á hacer. No temía seguramente por parte de los suyos, escenas ni reproches. La anciana señora de Hérault ignoraba la triste verdad y Elena se hubiera dejado matar porque no lo supiera. Desde la explicación que habia precedido al baile de Diana, no volvió á decir á Luis nada que pareciese observación ni queja. Nunca se presentó una mujer más noble ni más digna ante un marido que faltaba hasta aquel punto al honor y á la dignidad. Si lloró fué en silencio, en el secreto de la noche. Tenía veinticinco años, era encantadora y se veía abandonada. No se hizo la víctima, ni tomó por testigos de su desgracia á Dios ni á los hombres. Toda su venganza, consistió en ser más dulce, más sencilla, más encantadora que nunca. A las miradas curiosas y burlonas del mundo opuso un rostro tranquilo y su entereza fué tan extraordinaria, que muchos dudaron de su infortunio.

Los que tenían la seguridad de que Luis la sacrificaba á Diana, sintieron centuplicadas las simpatías que les inspiraba. A fuerza de serenidad evitó el ridículo y encontró en su desgracia una especie de apoteosis. Se la consideró como una mártir, sonriente y radiante, en medio de sus sufrimientos, confesando su fe, á pesar del tormento. El crédito de Diana, por el contrario, padeció mu-

cho. Sostenida en el mundo por la influencia de Lereboulley más aún que por el prestigio de su belleza, cuando el senador se alejó de ella, comprendió lo mucho que la servía. No se apuró por tan poco. Había subido desde muy bajo para que alguna posición la dejara de parecer alta y además estaba segura de conservar siempre una fuerza á que nada resiste: una gran fortuna.

Para ocupar sus ocios y sujetar más á Luis había imaginado especular en construcciones. Compró en el barrio de los Campos Eliseos inmensos terrenos, donde empezó á construir casas. Luis adquirió obligaciones con los contratistas y los terrenos eran de Diana, y las construcciones suyas, llegando á creer que la especulación podía ser productiva. Encontraba en esto la ventaja de no ver evaporarse en caprichos diarios la lluvia de oro que hacía caer sobre su amiga y de contribuir espléndidamente á enriquecer á la que había considerado á Lereboulley como un fastuoso Júpiter. Pero como quiera que había firmado compromisos corría el peligro de tener que hacer frente á vencimientos que exigían sumas considerables. Desde hacía algún tiempo encontraba grandes dificultades para proporcionarse el dinero que necesitaba. Los negocios que tenía con Lereboulley languidecían y se hacían cada vez más pesados, como si una influencia secreta los entorpeciese y el banquero, tan hábil en sacar partido de todo, los descuidaba voluntariamente. Apenas se cobraban intereses, los dividendos disminuían y todo dejaba de producir.

Luis, irritado por estas contrariedades, vendió gran número de acciones de sus diferentes empresas. Inmediatamente recobraron éstas su valor como por encanto: la actividad se manifestó con nuevo empuje y los beneficios volvieron á ser lo que eran en los tiempos más prósperos. Luis hubo de rendirse á la evidencia y comprender que Lereboulley había emprendido contra él una campaña seriamente combinada. Todos los negocios en que tenía participación languidecían y no volvían á levantarse sino cuando él los abandonaba. Así se realizaban las predicciones de Thauziat.

En lugar de hacer meditar á Luis esta hostilidad, le exasperó. Si no estuviera ligado á Diana por los lazos del placer, se hubiese unido á ella nada más que por odio á Lereboulley. El duelo empeñado entre aquellos dos hombres alcanzaba el mayor grado de violencia, pero su resultado no podía ser dudoso, y Luis combatiendo al senador era tan imprudente como un enano combatiendo á un gigante. Aquel Goliat era demasiado fuerte para semejante David. Además, a lí estaba Diana para cortar las cuerdas de su honda.

Emboscada en el centro de aquellas múltiples intrigas, como la araña en medio de su tela, espiaba á Luis y esperaba el momento de verle caer. Cruzaba hábilmente los hilos de la trama para entorpecer los movimientos del que hubiera debido tener en ella una aliada y sólo tenía una enemiga encubierta. Satisfacía á la vez un doble rencor contra el hombre que la había desdeñado y humillado cuando le amaba y contra la mujer que le

había quitado el galán que deseaba. A los dos hería con el mismo golpe.

Lo que enardecía su ira era el admirable estoicismo de Elena. Si hubiera llorado, gemido, mostrado menos carácter, Diana la hubiese abandonado desdeñosamente. Pero el continente de la joven era soberbio. Se encerraba en su maternidad con un orgullo triunfante como diciendo: «Me has quitado mi marido, pero no podrás quitarme mi hijo. Tu amor embriaga, pero es estéril; has probado todos los goces, pero hay uno que te será desconocido, el que existe casto y divino en el corazón de las madres.»

Muchas veces, al ir á los Campos Elíseos en su lujoso carruaje, Diana encontraba á la señora de Hérault en un coche muy sencillo, y las miradas de las dos mujeres se cruzaban. Una vez la esposa no bajó los ojos. Tenía á su lado al niño, que ya andaba, y á quien llevaba á jugar al Bosque, y la señora de Olifaunt, que se lo había quitado todo, ventura del presente y seguridad del porvenir, sintió deseos de arrojarse sobre ella y arañarla.

Nunca había estado Elena tan bella. La expresión un poco altanera de su rostro se había suavizado y su frente tenía una dulzura melancólica. Su boca de un dibujo tan correcto había perdido la rigidez de su arco. La madre se había acostumbrado á sonreír para el niño y la mujer se hacía cada vez más seductora. Acontecía algunas veces que Luis, después de comer con su abuela y su esposa, se quedaba en el salón con ellas como en la

época en que había empezado á amar á Elena. Se sentaba al lado de la chimenea y permanecía silencioso, mirando vagamente en torno suyo como si no se reconociese. La serenidad un poco grave de aquella vasta habitación contrastaba con el aspecto de la de Diana. Se encontraba en una atmósfera tranquila, respiraba un ambiente casto, y experimentaba una calma reparadora en que descansaba de la agitación de los negocios y del enervamiento de su pasión.

Una noche Elena se puso al piano, hojeó distraídamente el álbum de melodías antiguas y cantó á media voz la conocida romanza: «Retrato encantador, retrato de mi amiga.» La abuela, á quien estas canciones antiguas rejuvenecían, al ver que la joven iba á cerrar el piano, se puso detrás de la oreja sus largas agujas de hacer media y gritó palmoteando: «Más, más.» Elena, sonriendo, volvió á sentarse y cantó el aire célebre: «Placer de amor no dura más que un día.» No lo había escogido, el cuaderno se abrió por aquella hoja y cantó lo que tuvo delante de los ojos, pero con un acento tan apasionado y doloroso, que parecía un grito del alma. Los últimos ecos se extinguieron en el silencio; exhaló un suspiro, se levantó y vió á Luis á tres pasos detrás de ella, pálido y con el rostro pleno de lágrimas. Se acercó á él vivamente, movida por un impulso irresistible, le miró fijamente y le dijo con una voz dulcísima:

—¿Qué tienes?

Él quiso hablar, hizo un gesto de despecho y contestó:

—Estoy mal de los nervios. Voy a tomar el aire. Buenas noches.

Y se marchó. Las dos mujeres se quedaron trahajando, pero Elena estaba menos triste. Le parecía que las lágrimas de Luis eran de buen agüero. Si hubiese podido adivinar hasta qué punto aquel corazón estaba lacerado por los tormentos, le habría perdonado todo lo que la había hecho padecer.

Algunos días después se levantó una punta del velo, detrás del cual se preparaba el último acto de la batalla en que se había empeñado. Emilia, que estaba en el centro de las fuerzas enemigas, dijo una mañana á su amiga:

—¿Hace mucho tiempo que Luis tiene la administración de la señora de Hérault?...

—No lo sé, ¿por qué?

—Porque acaba de hipotecar por dos millones los inmuebles que posee y de vender muchas acciones de caminos de hierro

—Puede hacer lo que quiera; es dueño de todo

—No es dueño de arruinar á su abuela sin que ella lo sepa, ni de exponerla á su edad á que la pongan á la puerta de la calle después de una expropiación judicial. Yo sé lo que sucede. Su marido de usted se ha vuelto loco... Va derecho á un cataclismo... Les dejará á ustedes perdidas y usted debía interrogarle y ver si convenía tomar medidas para impedir la ruina.

—Eso nunca—exclamó Elena con firmeza—. En el orden moral haré todo lo que dependa de mí; en el orden material nada. Cuando no pienso más

que en mi felicidad perdida, no he de ceder á preocupaciones de dinero. Exponerme á que Luis me ofrezca garantías de nuestra fortuna cuando yo sacrificaría mi vida porque me diese prendas de su arrepentimiento, es lo que no haré en ningún caso. Pobre entré en esta casa; si salgo pobre, nada importa.

Calló un momento y continuó:

—Además odio el dinero, que es causa de todos mis dolores. Si Luis se arruina, se verá obligado á ser prudente, á trabajar. ¡Oh, Dios mío! ¡Si la miseria me le devuelve, bendita sea!

Emilia miró á la joven con admiración.

—¡Ah! Si Luis fuera un hombre—dijo—¡que resultados obtendrían ustedes! Pero no hay que pensar en ello... Luis, cuando se vea sin recursos, hará algún disparate. Puede hacerse robar por Diana...

—Yo sabría quitárselo.

—Y si en lugar de robarlo lo deja, y en un raptó de desesperación...

Elena palideció, pero contestó haciendo un ademán enérgico.

—Yo leeré su resolución en sus ojos. No puede ocultarme nada.

—Tenga usted cuidado. Juega usted un azar terrible.

—¿Puedo hacer otra cosa? Yo no he empeñado la partida, pero la sostendré hasta el fin sin desfallecer, y Dios no me abandonará.

Como había dicho Emilia, la situación de Luis era cada vez más crítica. El círculo en que se agi-

taba se iba cerrando por momentos. Exasperado por la resistencia que encontraba en todas sus tentativas, se obstinaba con una terquedad de jugador. Thauziat tuvo lástima de él y trató de disuadir á Lereboulley, pero el senador tenía tal animosidad contra Luis, que no quiso ni oír hablar á Clemente, á pesar de que era el único que podía ejercer influencia sobre él desde que Diana había dejado de ser su favorita. Se enfureció en términos que contestó con una violencia inusitada en él:

—Es absurdo que venga usted á hablarme en su favor después de lo que le ha hecho. Venguese usted... O, por mejor decir, déjeme usted á mí.. Yo me encargo de hundir á ese mocito de tal suerte que no se vuelva á hablar de él... Y entonces será agradable consolar á su mujer abandonada ó viuda. Como tendrá bastantes necesidades no podrá ser muy exigente.

Thauziat no contestó. Estaba ya casi empeñado en la causa infame que debía arrojar á Elena en sus brazos, y dejó hacer como Lereboulley le aconsejaba. Y, sin embargo, su voluntad hubiera sido un contrapeso suficiente, aun en aquel momento, para restablecer el equilibrio de la balanza y salvar á Luis. Emilia, testigo de aquel desfallecimiento moral y de aquella defección material, experimentó una gran tristeza. Vió rebajarse al que siempre había considerado superior á los demás hombres, y resolvió tener una explicación con él. Un día le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á Luis?

Clemente se estremeció.

—Mucho.

—¿No va usted ya á casa de Diana?

—Casi nunca.

—¿Le entristece á usted ver á ese pobre muchacho perderse de ese modo?

Thauziat calló y dirigió á Emilia una mirada penetrante.

—Una vez, por consideración á mi amistad—continuó ella—le sacó usted del pantano. Si usted quisiera aun hoy podría hacerlo. Con una palabra neutralizaría usted los esfuerzos de mi padre. Le bastaría á usted levantar un dedo para detener la máquina financiera en que están destrozando á ese infeliz. ¿No quiere usted hacerlo?

Thauziat continuó callando. Emilia le puso con autoridad la mano sobre el hombro, y le preguntó con firmeza:

—Thauziat, ¿no es usted ya el hombre honrado á quien yo amaba?

Rióse Thauziat, y era una risa terrible la suya, y contestó con rostro alterado por la violencia de las pasiones que agitaban su corazón:

—No, ya no lo soy.

—¿Y qué le ha hecho á usted cambiar?

—El amor á una mujer. He padecido mucho por seguir fiel á los principios de honor que yo era el único que respetaba. Porque Luis me robó á la que amaba debía ser para mí sagrado, ¿no es verdad? ¿Es esa la obligación caballeresca que invoca usted en su favor? Yo deberé arrancarme el alma para defenderle y salvarle, cuando él es el que

me ha dado el golpe que me hace padecer tan cruelmente. Usted me dirá que es su amigo, casi su hermano, y que si yo le hago traición y le abandono y le arrojo al precipicio seré indigno y desleal. Pero él, ¿qué es? Posee esa mujer, cuya pérdida me hace desgraciado, y la engaña. ¡Vaya un esposo leal á quien los demás debemos lealtad! Tiene un hijo adorable, que debía ser la alegría de su vida, la esperanza de su porvenir, y se está arruinando por una bribona. ¡Vaya un padre intesante á quien hay que defender contra sí mismo! Ese hombre gozaba todas las venturas y las ha sacrificado al placer. Ha faltado á todos los deberes. No ha tenido ni respeto á la madre ni amor al hijo. ¿Y yo he de practicar con él las virtudes que él no practica con los suyos? Sus vicios serán su salvaguardia y sus locuras título de protección. ¡Y cuando se ve gravemente amenazado por su culpa, yo le he de arrancar al peligro! Eso sería necedad ó demencia. Que sucumba ya que no ha tenido ni prudencia para evitar la lucha ni valor para salir victorioso.

Al hablar se había ido animando, su frente estaba enardecida, sus ojos lanzaban rayos y su boca se contraía con terrible ironía. Se presentaba á Emilia resplandeciente de una belleza satánica, arrojando como una carga inútil todo lo que había de humano en su corazón y glorificando con audacia actos que no podían menos de sublevar su conciencia.

—¿Es decir, que usted combate contra él?

—Si.

—Pues bien, Thauziat, sera usted vencido. Él tiene para salvarse lo que le ha perdido á usted: el amor de una mujer.

—Veremos.

Emilia no se dió por vencida, y habiendo fracasado con Elena y con Thauziat, se dirigió á Luis:

—Ya sabes—le dijo—que yo no soy mujer que se asusta fácilmente, pero tu conducta me espanta. Andas sin balancin por una cuerda de oro. Caerás y te romperás la crisma.

—No—repuso Luis alegremente—. Ahora no arriesgo nada. Lo espero todo del gran negocio que dirige tu padre. Ese es seguro, porque no llevarás tu desconfianza hasta creer que lo haga fracasar por darme á mí un golpe.

—Yo] no creo nada, ni quiero averiguar lo que hay de posible y de imposible. Pero te ruego que te atengas á tu cooperación industrial. No especules sobre el alza de las acciones. ¿Quién sabe lo que puede suceder?

—No. Yo sé que un banquero no se divertirá nunca en arruinarse por arruinar á un concurrente, un adversario, un enemigo. Tu padre tiene capitales enormes comprometidos en el cable.

—¿Se sabe alguna vez lo que tiene ó lo que no tiene? Él es muy fuerte... te odia con sus cinco sentidos... Ten cuidado.

—Gracias. Pero no te apures; no hay nada que temer.

En efecto, parecía que no había que temer. El asunto del cable había pasado en la Cámara sin la menor dificultad, y Luis no esperaba más que el

voto del Senado para operar en grande escala y ganar en pocos días el capital de que tenía entonces gran necesidad. Gracias á haber dado algo á cuenta había obtenido aplazamientos de los contratistas encargados de la construcción de las casas en el barrio de los Campos Eliseos. Los edificios surgían de la tierra piso por piso, y Sir James, invadido de pronto por la pasión del cascote, no dejaba á los canteros y agobiaba á Hérault, á quien llamaba «mi asociado», pidiendo sin cesar fondos para la edificación. Aquel hombre extraordinario subía las escaleras, se instalaba en los andamios, hablaba con los capataces y lo subordinaba todo á la terminación de las casas de Diana.

Se había olvidado del hotel de ventas y de los mercaderes de curiosidades. Los inmensos cubos de piedra que cerraban toda una calle eran entonces á sus ojos curiosidades más importantes y más preciosas que las porcelanas antiguas ó los marfiles del Japón. Irritado por no poder hacer frente á las exigencias de los contratistas, Luis maltrataba á Sir James, pero no conseguía cansarle. El marido de Diana adoptaba entonces la actitud triste de un hombre cuya confianza ha sido burlada y pasaba veladas enteras sin decir una palabra; pero entonces su fiel aliada Diana se encargaba de dirigir á Luis tiernos reproches.

Una noche, cansado de estos reproches y experimentando la necesidad de tranquilizar á los que parecían dudar de él, Luis cometió la imprudencia de explicar á Sir James la combinación que había basado en la emisión de acciones del cable. Diana

y su marido aprobaron el pensamiento, pero el día siguiente, por una casualidad desgraciada, cuando el inglés se dirigía á las canteras, encontró á Lereboulley al atravesar los Campos Eliseos. Muchas veces le había manifestado su sentimiento por no verle en su casa, pero Lereboulley le había contestado con amargura, que habiéndose retirado la señora de Olifaunt su confianza, estaba resentido y no volvería más. A pesar de todo, cuando los dos se encontraban hablaban, el uno de Diana y el otro de las construcciones, formando un dúo cuyo final venía á ser convenir ambos en que Luis Hérault no tenía bastantes espaldas para llevar á cabo el negocio, pero que Diana no corría ningún riesgo, toda vez que los terrenos eran de su propiedad.

Aquel día el mismo Lereboulley fué quien habló de las construcciones y Sir James se extendió en explicaciones técnicas sobre el estado de las casas.

—Sí, pero ¿cómo van los pagos?—dijo el senador.

—El señor de Hérault debe de liquidar pronto la situación porque va á emprender una operación de la que espera grandes resultados.

—¡Ah!—dijo Lereboulley aguzando el oído porque hacia algunas semanas que veía con disgusto que Luis no especulaba.

—Sí, espera la emisión de las acciones del cable.

—Tiene razón, dijo el senador, temblando de emoción. Es un negocio excelente.

Y estrechando la mano á Sir James se alejó en dirección de los boulevares.

De este modo se enteró de los proyectos de Luis

por una indiscreción del mismo que tan interesado estaba en su éxito. Esto le dió que pensar. Iba á tener á su enemigo á su disposición. Aún no sabía cómo le heriría, pero estaba resuelto á herirle. Era el último asalto del duelo empeñado entre ellos, y había de ser decisivo. El día siguiente Lereboulley debía tomar la palabra en el Senado, para pedir un voto conforme al de la Cámara. Por un momento tuvo la idea de retardar la conclusión del negocio, pidiendo que la discusión se aplazara por un mes. Así prolongaba las dificultades metálicas de Luis y tenía probabilidades de verle sucumbir bajo el peso que le abrumaba. Pero aquel resultado obtenido lentamente y por medio de rodeos no le parecía bastante. Quería un golpe directo, rápido, y que tendiera al joven á sus pies. Soñó con gozarse en su agonía, y no supo esperar más tiempo. Comenzaba á imaginar otra combinación, muy fácil de ejecutar y terrible si daba resultado, como no podía menos de suceder. El senador entró en la Bolsa, habló con sus agentes, y luego se marchó á su escritorio.

Si era grande el ardor con que Lereboulley preparaba el desenlace de la crisis, mayor todavía era la ansiedad con que Luis lo esperaba. Era jugar el todo por el todo á una sola carta. Si la suerte le favorecía, se ponía á flote definitivamente y no podía temer nada; si le era contraria, se iba á pique sin salvación posible. No quedaría de su fortuna pasada más que restos que eran de su abuela, la finca de Boissise, que costaba dinero en lugar de producirlo, y la fortuna que había reconocido á

Elena por su contrato de boda, que era el porvenir de su hijo, pero no vaciló en intentar la partida. Había llegado á un extremo que no podía retroceder. Si dejaba de pagar á los contratistas, cuando los trabajos estaban ya medio terminados, se exponía á vender á vil precio aquellas construcciones que habían costado tan caras y todo estaba perdido. Afrontando el peligro, podía ganar, y todo estaba salvado.

El día de la sesión del Senado, en que la cuestión se debía resolver definitivamente, Luis estaba en casa de la señora de Olifaunt, á eso de las cinco de la tarde. Hablaban de negocios, porque la seductora Diana no desdeñaba esta conversación, cuando Sir James entró en la habitación sin anunciarse, lo que denotaba en él una gran agitación, y gritó antes de saludar:

—¡El Senado ha votado... Lereboulley ha estado notable!

—¿Ha estado usted en la sesión?

—Sí. He tenido ocasión de ir, y como ésta me interesaba, he abandonado los trabajos por un día. El discurso de Lereboulley ha producido gran efecto. Ha conseguido una subvención para la sociedad, y ha hecho aplaudir vivamente un período patriótico... Estoy contento de él.

Viendo que el elogio de Lereboulley se acogía con silencio, caló, pero como no era hombre que se violentase por complacer á los amigos de su mujer, se retiró de mal talante. Entonces Diana se levantó del diván y dijo echando el brazo al cuello de Luis:

—¿Con que estamos decididos á arriesgar la gran operación?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando se inicie el movimiento de alza.

Los dos permanecieron aún juntos una hora. Quien los hubiera visto, llenos de juventud y de belleza, cogidos de las manos y mirándose fijamente, hubiese pensado que eran dos seres que se adoraban y hablaban de su amor. Pero si los hubiera escuchado, habría oído sólo las palabras *plazo, contado, corretaje, prima*. Aquellos amantes hablaban como dos bolsistas, y su preocupación única no era amarse, sino ganar dinero. Para llegar á esto había engañado Luis á Elena.

A fin de semana grandes carteles amarillos, en las esquinas de todo París, anunciaban la emisión de acciones del cable interoceánico y los periódicos financieros emprendían una campaña no desinteresada, para celebrar los méritos de la empresa. En la prensa se juzgaba el negocio favorablemente. Todos decían: «No está en manos de trapisondistas, sino de hombres formales», y la gran autoridad de Lereboulley era una garantía para el público.

Luis en aquellos ocho días estuvo agitado y febril. Hablaba con volubilidad ó guardaba profundo silencio, absorto por grandes preocupaciones. Una mañana, sin que nada hubiera hecho presentir su resolución, anunció durante el almuerzo á su mujer y á su abuela, que marchaba á Inglaterra. La misma tarde se puso en camino, habiendo recomendado en su casa que bajo ningún pretexto se

revelase á donde iba. Su proyecto era muy sencillo; como no se atrevía á dar todas sus órdenes á los agentes de París por no descubrir su maniobra y no quería telegrafiar á Londres, tomaba el partido de ir en persona. A su juicio la especulación inglesa debía arrojarse sobre el nuevo valor y hacerlo subir, y él se proponía ayudarla con su atrevido impulso.

Hacia cuatro días que había marchado, cuando Emilia, que buscaba en un periódico la reseña de una exposición, tropezó con un suelto que decía así: «Se dice que una sociedad en vías de formación, á cuyo frente debía ponerse una de nuestras notabilidades financieras y políticas, es objeto de maniobras tan graves por parte de un grupo de especuladores ingleses, que se prepara en la Cámara una interpelación para obtener que se le retire la subvención concedida por el Estado. Francia, ya engañada en Suez, no es bastante rica para subvencionar empresas destinadas á enriquecer á los capitalistas del otro lado del Canal de la Mancha.» Y dos líneas más abajo: «Se anuncia la salida para Roma del señor de Lereboulley. El eminente financiero va á debatir con el gobierno italiano las condiciones de un empréstito que hace necesario el desarrollo de la política colonial.»

Todo estaba claro. Por medio del primer suelto se quebrantaba la confianza de los suscriptores en la prosperidad de la sociedad del cable, porque era evidente que se trataba de ella; y por medio del segundo se probaba que Lereboulley abandonaba el negocio, puesto que escogía la hora de lanzarlo.

siempre comprometida, para ir á Italia. Asustada la amiga de Elena buscó las noticias de Bolsa y le saltaron á los ojos estas palabras, como si estuvieran impresas en letras de fuego: «Baja de cien francos en las acciones del cable interoceánico.» En el momento, Emilia, por una intuición misteriosa, tuvo la seguridad de que Luis estaba al alza y que la baja de la que veía á la vez el efecto y las causas, iba dirigida contra él. Corrió al cuarto de su padre decidida á interrogarle, á suplicarle, á hacer uso de la verdadera autoridad que ejercía sobre él, pero no estaba en casa y había anunciado que no volvería á comer.

Entonces pidió su carruaje y se hizo llevar al hotel Hérault. Allí no sabían nada. Habían recibido una carta de Luis muy tranquila, anunciando su regreso. La señorita de Lereboulley no quiso arriesgarse á trastornar inútilmente á Elena, haciéndola temer una catástrofe que no podía evitar. Tascó el freno y se retiró sin decir nada.

Al día siguiente por la mañana se dirigió al cuarto de su padre. El senador, recién afeitado, estaba sentado delante de un velador tomando una taza de té antes de ir á la calle Le Peletier. Al ver entrar á su hija, se levantó para abrazarla.

—¿Cómo tú por aquí á estas horas?—preguntó—. ¿Qué sucede?

—Lo que sucede me lo has de decir tú. He visto que las acciones de la sociedad del cable, que debían tener prima, han bajado cien francos. ¿Qué quiere decir esto?

El senador se quitó con presteza la bata, se puso el gabán y dijo riendo á su hija:

—¡Cómol ¡Tú me preguntas por negocios de Bolsa, Emilia? ¡Y á tí qué te importa, querida? Sigue en tus dominios artísticos, créeme, y no te ocupes en otra cosa...

—Pero, en fin, ¿por qué ese retroceso inesperado?

—Maniobras... intrigas de sindicatos, nada importante.

—¿Pero los artículos de los periódicos dando á entender que abandonas el negocio?

—Paparruchas absurdas como todo lo que publica la prensa. La verdad se abrirá paso y las acciones subirán al precio que deben tener.

—Pero, entre tanto, para todos los que estén al alza .. eso será la ruina.

—La ruina... ¿Qué quieres? La ruina es el resultado de las batallas entre bolsistas, como las heridas y la muerte son el resultado de las batallas entre soldados... ¡Ay de los vencidos! Eso se puede decir en todas las guerras.

Emilia dió un paso hacia su padre y le dijo con gravedad:

—¿Puedes darme tu palabra de honor de que Luis Hérald no está entre los vencidos?

Entonces en el rostro de Lereboulley vió una expresión que la aterró. Contestó con una aspereza que nunca había empleado con ella:

—¡Hola! Veo que tienes buen golpe de vista, puesto que has visto claro en la situación. ¿Estás inquieta por tu amigo y me pides noticias de él? Pues bien, ha sido bastante audaz para atacarme

y le he roto las piernas como se las romperé á todos los que sigan su ejemplo.

—¿Y su madre, y su mujer, y su hijo?

—Él debió pensar en ellos.

—Porque él haya hecho mal no es razón para que los demás lo paguen.

—¿Olvidas á quien hablas?

—¡Quisiera olvidarlo!

Al oír estas palabras pronunciadas con tristeza desgarradora, Lereboulley palideció tristemente impresionado. Se acercó á Emilia y dijo estrechándola entre sus brazos:

—Emilia, hija mía, yo te lo ruego, no tomes parte en esta cuestión, no me juzgues por las apariencias. ¡Tú sabes cuánto te amo!... Lo que acabas de decir me ha llegado al alma. ¡Oh! Que no haya entre nosotros ni desconfianza ni cólera. Permanece alejada de estas espantosas intrigas. No pongas los pies en este lodazal; te mancharías inútilmente. Yo no soy malo, tú lo sabes, y no haría por gusto mal á nadie... Pero ese Luis se ha portado conmigo de una manera infame; me ha ultrajado, me ha humillado, me ha causado grandes pesares... Es indigno de tu interés... Si tú supieses... Pero tú lo sabes... Ya lo veo, te interesas por su familia. Pues bien... Yo haré por su familia lo que quieras... Son antiguos amigos... No lo olvidaré... Les reconstituiré una fortuna... Pero en cuanto á él, es preciso que sienta mi pie sobre su cabeza y lo sentirá... ó perderé mi nombre.

Había sentado á su hija sobre sus rodillas y la acariciaba y besaba para convencerla. Ella, fría y

serena, calculaba el alcance de todo lo que acababa de oír.

—Yo soy rica—dijo levantándose—. Los bienes que heredé de mi madre son considerables. Soy mayor de edad, libre y puedo ayudar á Luis.

—Será inútil—replicó Lereboulley—. Está cogido y bien cogido... O paga ó revienta...

—Pero ¿dónde está? ¿Qué hace?—exclamó Emilia con desesperación—. Si tomase alguna resolución extrema... Si se matase, ¡qué remordimiento para nosotros!

—¿El matarse?—contestó Lereboulley riendo—. ¡Vamos! ¿Preguntas dónde está? ¿No debíais sospecharlo? Ayer volvió de Londres y se fué desde la estación á casa de la señora de Olifaunt, de donde no ha salido todavía... Eso es lo que hace.

Emilia bajó la cabeza. Desde aquel momento desesperaba de su causa.

—¿Qué puedo hacer yo?—dijo.

—Trata de que vuelva á su casa y no salga de ella...

Emilia lanzó un suspiro y salió sin abrazar á su padre.

XI

De regreso de Londres, en un estado de abatimiento como el que debió anular las fuerzas morales de Napoleón, cuando llegó al Eliseo, después del desastre de Waterlóo, Luis encontró á la señora de Olifaunt muy tranquila, soportando el desastre con una filosofía sonriente que hubiera debido hacerle ver claramente los verdaderos sentimientos de aquella criatura, si hubiese conservado un rayo de lucidez. El mismo Sir James, como si hubiera recibido un misterioso cordial, dió pruebas de una placidez muy singular, dado el interés que se tomaba por los buenos de los albañiles que trabajaban en la edificación de una fortuna para Diana.

Luis, que esperaba arranques de desesperación y amargas recriminaciones, recobró al momento su sangre fría y procedió al examen de su situación. Tenía que operar una liquidación terrible, que equivalía á una ruina segura, pero el honor podía quedar intacto. Esperaba que con alguna ayuda y haciendo grandes reformas en su modo de vivir lograría volver á levantarse. Pero estas reformas